

# Andrés Barba

La recta intención



ANAGRAMA  
Colección Compactos

Índice

PORTADA  
FILIACIÓN  
DEBILITAMIENTO  
NOCTURNO  
MARATÓN  
CRÉDITOS

*A la memoria de Marcela Martínez por la exaltación de su vida  
A su familia: Alberto, Marta y Felipe por enseñarme a perdonar  
A Jason V. Stone*

–¿Acaso tengo verdugos dentro de mí mismo, padre?

–Y no pocos, hijo mío; son muchos y terribles.

–No los conozco, padre.

–Ese desconocimiento, hijo, es el primer tormento.

*Corpus Hermeticum*

## FILIACIÓN

De pronto se hizo consciente del silencio de la tarde, de pronto, igual que si lo hubieran desplomado en medio del cuarto de estar, en la foto de Mamá con los tirabuzones y veinte años casi imposibles, en las cosas de ella y de Manuel, en los niños. El retrato lo había dejado Mamá en un ataque de orgullo hacía un mes un poco porque le gustaba aquella foto y más que nada porque la irritaba que no hubiera ninguna imagen suya en el cuarto de estar cuando había una de la madre de Manuel. Allí estaba ahora; elegante, absurda y fuera de lugar, sin hacer conjunto con ninguno de los muebles, golpeando para ser vista, tan Mamá.

Las palabras que acababa de oír en el teléfono, la voz asustada de la sirvienta al otro lado de la línea (sudamericanísima y quizá exagerada), la habían dejado de aquella forma y un poco culpable de no coger el bolso y salir corriendo hacia el hospital, como había hecho otras veces en situaciones parecidas. La señora, había dicho la sirvienta, como era tan así, tan suya para esas cosas, se había resbalado en la ducha, y aunque ella había oído el golpe y los lamentos desde el principio, hasta que llegó la ambulancia y rompieron la cerradura del baño no la habían podido atender. Ahora estaba en el hospital.

Si tardó un poco más todavía en salir de casa fue porque algo parecía retenerla allí, Mamá misma quizá, mirando desde el anaquel con veinte años en blanco y negro y sonrisa de estudio, ladeada, de póngase usted así, sonría, sólo que en aquélla había debido de ser al contrario; Mamá diciendo al fotógrafo exactamente lo que quería y lo que no quería, porque aquélla era la fotografía que le dio a Papá al cumplir un año de novios (Papá siempre, aquel recuerdo que no parecía casi un recuerdo de su funeral), los años de posguerra eran, y no había dinero para lujos.

Algo había pasado, sin embargo, esa tarde. Y no es que la preocupara que Mamá hiciera ir a visitarla como la última vez a Manuel y a los niños, y a Antonio y Luisa, e incluso desde Valencia a María Fernanda para nada, para enseñar quizá el moratón enorme y exigir el afecto debido, sino que de pronto tuvo la sensación de que algo había ocurrido con Mamá, algo de las mil caras o única de Mamá puesto otra vez allí, de pronto autoritario y de pronto no, como la

fotografía del cuarto de estar enfrente de ella, como una colección de abanicos tras una vitrina.

Dijo su nombre en la entrada del hospital y se sintió culpable cuando la informaron de que la habían atendido de urgencia. Había gente esperando en el ascensor, así que subió corriendo por la escalera.

«¿Cómo estás?», preguntó cuando abrió la puerta y la vio en la cama, junto a un doctor que parecía estar esperando a que le diera un termómetro.

«Hija», contestó ella medio lastimosa, y señaló después al doctor para que respondiera más científicamente.

«Su madre se ha fracturado la cadera por dos partes. La fractura es limpia pero el soldamiento será difícil.»

«Difícil por mi artrosis degenerativa, ¿verdad, doctor?»

«Sí, por la edad.»

Aquella pequeña conversación era exactamente Mamá o, al menos, una parte enorme de ella. Le habían vestido una fea bata azul celeste sobre el corsé. La semipenumbra de la habitación le acentuaba unas ojeras casi violetas en las que se distinguía alguna pequeña vena, como un extraño musgo que le creciera bajo la piel. Tenía las manos con las palmas abiertas hacia arriba y extendidas, lo que le daba, junto a la palidez, el aspecto del cadáver de un crucificado.

«¿Has llamado ya a María Fernanda para decirle cómo estoy?»

«No, todavía no, ¿te duele?»

«Como si me estuvieran devorando los perros.»

«Bueno.»

«Y a Antonio, llama también a Antonio.»

El doctor se marchó sin ruido, como una aparición blanca, asegurando que volvería después. La ropa de Mamá, una bata con la que la habían debido de medio cubrir para sacarla del baño, estaba en una bolsa de plástico sobre el sillón.

«Hija, no me ocurren más que desgracias», dijo, comenzando a lloriquear.

«Si dejaras que te bañara la chica...»

«La chica es una sinvergüenza, una ladrona. Quiero que la despidas y me busques otra.»

«Siempre estás con lo mismo y al final nadie te ha robado nunca, si lo dices por tu broche verás como aparece en una semana donde menos pensabas.»

«Tiene la habitación hecha una pocilga.»

«¿Y a ti qué más te da cómo esté su habitación mientras la casa

esté bien?»

«Y se pasa el día llamando a Venezuela.»

«Pues no la dejes...»

La conversación, más que por la chica, intentó mantenerla para que no volviera sobre sus dolores. Mientras tanto sacó la bata de la bolsa, la bata granate con las iniciales M.A.A. bordadas en amarillo, María Antonia Alonso, doña María Antonia Alonso, como la llamaban los obreros en los días en los que aún existía «Molduras Alonso», como la llamaba Joaquín, como la tenía incluso que llamar Antonio cuando estaba en la fábrica al empezar a trabajar porque no quería seguir con los estudios.

Ahora aquella bata parecía más Mamá que la misma Mamá, o al menos se lo parecía de una forma más habitual, menos triste. No es que le repugnara la vejez, sino la vejez en ella, y quizá el miedo de que la suya fuese semejante. Sintiendo culpable, pensó que le gustaría morir antes de ser de aquella forma, como Mamá. Cuando salió del hospital para ir a buscar algunas cosas indispensables (cepillo de dientes, pastillas, una toalla en condiciones), respiró con alivio el aire frío de la calle. Tomó un taxi y mientras iba hacia su casa recordó la muerte de la madre de Manuel, hacía ya seis años. La recordó por el hospital; siempre que entraba en un hospital recordaba aquello y que, en la última semana que estuvo en Bilbao, no había querido separarse de la cama, ni dejar de besarla, ni soltarle la mano. No había sido diferente el olor, ni la impersonalidad de la habitación, y sin embargo había hecho aquellas cosas sin esfuerzo alguno, como volcada hacia un acto de perfecta necesidad y justicia.

Esa tarde, por el contrario, antes de salir de la habitación, cuando Mamá le había pedido un beso se lo había dado casi insensible, casi costándole trabajo le había dado un beso a Mamá, y aquello no era justo porque una rotura de cadera a aquella edad sí podía ser definitivamente algo serio. Les llamaría desde casa, eso era lo mejor, y les encontraría sin esfuerzo porque era sábado y tarde; a Antonio le dejaba la semana lo suficientemente cansado como para salir y María Fernanda tenía, por lo que había dicho Mamá, gripe.

Fue más fácil no fingir con Antonio. Aún le duraba la resaca del encontronazo con Mamá la última Navidad y se limitó a preguntar cómo estaba y a pedirle el número de la habitación del hospital.

«¿Irás a verla?»

«Sí, mañana.»

«Está mal», dijo ella, y le hubiese gustado pensar que lo había dicho conscientemente, pero no había sido así. Aquellas palabras, que no habían pretendido más que salvar una despedida que aven-

turaba ser más difícil que de ordinario, habían abierto otro espacio de posibilidades que le daba miedo calcular. Claro que estaba mal, una persona de la edad de Mamá que se rompía la cadera estaba mal, pero no era eso lo que habían significado aquellas palabras, sino algo parecido a un pacto silencioso entre ellos, las víctimas, al que aquella forma sutilísima de entenderse daba una culpabilidad mayor.

«Iré mañana entonces, sin falta», dijo Antonio, y colgaron.

María Fernanda no cogió el teléfono hasta que hubieron sonado por lo menos siete llamadas, y cuando lo hizo le notó el cansancio de la gripe en la voz.

«Mamá se ha roto la cadera –dijo casi a bocajarro, y antes de que le diera tiempo a preguntar–: ... Se ha caído en la ducha.»

«¿La atendieron rápido?»

«Tardaron porque había cerrado con cerrojo y tuvieron que romper antes la cerradura.»

«La verdad, no sé para qué le pagamos la chica esa a Mamá, se supone que está ahí para ayudarla», dijo María Fernanda, perdido ya el tono débil, con indignación.

«La que no se deja ayudar es Mamá», contestó ella, dándose cuenta de que defendía a la chica casi sin saber qué era lo que había ocurrido.

«Mamá ya no está en disposición ni tiene edad para decir lo que quiere y lo que no quiere, se le dice lo que tiene que hacer y punto.»

«¿Qué quieres? ¿Echarme la culpa a mí, o qué?»

«Lo que quiero es que estés pendiente.»

«Eso es muy fácil decirlo desde Valencia.»

«Mira, no empecemos.» María Fernanda calló un segundo, como si en realidad lo que le hubiese gustado fuese seguir con la misma conversación de siempre, y las dos se percataron de que aun en un momento como aquél no podían evitar dejar a Mamá de lado y pelearse.

Aquella conversación tenía también algo de extraño. Acostumbraba a llamar a María Fernanda desde casa, sentada en el cuarto de estar y con la puerta cerrada, pero ahora el hecho de estar haciéndolo desde casa de Mamá le daba a las palabras un sabor de discusión antigua, de rabias y desesperaciones adolescentes. Frente a ella, en un marco de plata grande, había la ampliación de una imagen que le hubiera gustado destruir: las dos en bañador, María Fernanda en bikini, ella no, reían con veinte años en una playa de Cádiz. Para ser más exactos, María Fernanda reía y ella la miraba



con algo que parecía una sonrisa imitativa, su cara de foto –pensó–, la cara que decía Manuel que ponía siempre cuando alguien le apuntaba con una cámara. Aquella fotografía le devolvió, con una intensidad que había creído olvidar, la dependencia que durante todos aquellos años había sentido de María Fernanda. Aun siendo la mayor, un año y medio mayor, María Fernanda era siempre quien acababa explicándole las cosas, la extrovertida, la de las llamadas telefónicas. Fuera de su alcance se había sentido siempre mejor y junto a ella, hasta que conoció a Manuel y se casó dos años más tarde, adquiriría sin remedio aquel nosequé idiota, aquella timidez pánfila de la fotografía.

Como en juego, como representando los papeles de una tragicomedia, adoptó casi con naturalidad el papel de hermana responsable aquellos años. Se escandalizó de sus relaciones sexuales con aquel chico de Somontes no porque realmente la escandalizaran (ella misma las había casi tenido con Manuel), sino porque el envés de aquella impostura la obligaba a escandalizarse, a creer incluso ciegamente que era sincero su escándalo. Siempre le había desagradado la contemplación del erotismo ajeno y María Fernanda no fue una excepción. Si alguien tenía la culpa de eso era Mamá, pensó. Demasiado guapa para ser viuda y demasiado atrevida como para sacar adelante una fábrica durante aquellos años en los que la recordaría siempre como la que fue, no Mamá, sino doña María Antonia Alonso. Joaquín, si es que alguna vez llegó a ser del todo necesario, no fue más que un pelele, un muñeco que exigía la respetabilidad y quizá la mejor creación de Mamá. ¿Qué mejor –y suponer esto era suponer una maldad de intención que quizá no tuvo– que tras la muerte de Papá tomar al último palurdo llegado del pueblo y convertirlo en gerente de la fábrica? ¿No era como hacer patente ante quienes supieran mirar que en realidad era ella quien lo continuaba haciendo todo? ¿No era como decir que hasta Papá había sido sustituible? La deferencia que usaba con Joaquín los primeros años tenía algo de imperial y despreciativo, algo como de aquellas mujeres de los emperadores romanos que se desnudaban sin vergüenza delante de los esclavos porque ni siquiera les consideraban hombres, lo mismo que tenía algo de imperial y despreciativo este silencio de pronto de María Fernanda en el teléfono, como si su acto de superioridad intelectual fuese abortar una discusión que no llevaba a ninguna parte.

«Te quedarás con ella esta noche, ¿verdad?»

«Sí», respondió ella, casi dudando.

«No te ibas a quedar», dijo María Fernanda.

«¿Qué?»

«No te lo digo yo y eres capaz de no quedarte con ella.»

«No es verdad, no seas tú la que empiece ahora..., es sólo que no lo necesita tanto como crees, no está tan mal.»

«Se rompe la cadera Mamá y tú dices que no está tan mal. ¿A qué llamas tú estar mal?»

La conversación duró todavía un poco más, y antes de colgar se pidieron perdón por el tono, como siempre se pedían perdón después de discutir, algo que ni añadía ni solucionaba nada, en una especie de acto reflejo de hembras bien enseñadas por Mamá. Aunque estaba nerviosa, no lo estaba lo suficiente como para no reconocer que ninguna de las dos tenía la razón cuando se ponían así, que casi ni siquiera importaba tener la razón. Pero aquella vez, como la última que se vieron en Navidad, la imposibilidad de mantener una conversación normal con su hermana añadía otro peso a su convicción de que iban a ser muy difíciles las semanas siguientes, hasta que dieran de alta a Mamá.

Hablar con Manuel fue como rendirse a un descanso reservado para el final. Le contó el estado de su madre y las conversaciones con sus hermanos como si describir cada detalle fuese la única forma de encontrar consuelo. Él se ofreció a acompañarla durante la noche en el hospital, pero ella le dijo que no, que se quedara con los niños.

«Podemos llamar a una canguro, sabes que no es problema.»

«No, quédate ahí, prefiero que estés tú.»

Era curioso como, habiéndole contado todo a Manuel, no le había contado nada en realidad, lo supo cuando él le preguntó cómo estaba, no su madre, ella, y no supo qué contestar.

«No sé», dijo.

«¿Pero estás nerviosa?», preguntó.

«No sé, no sé cómo estoy.»

«Ven a casa cuando se duerma.»

De vuelta, ya en el hospital, Mamá esperaba inquieta.

«¿Les has llamado?»

«Sí.»

«¿Qué ha dicho Antonio?»

«Que mañana viene.»

«¿Qué tenía que hacer?»

«No sé.»

Hubo un pequeño silencio, como si Mamá quisiera abrir un espacio distinto, rodear de nada lo que iba a decir a continuación.

«Sabes qué día es hoy, ¿verdad?»

«No», contestó ella, pero supo qué día era en el exacto momento de responder «No», y Mamá debió de notarlo en su gesto porque no dio más explicaciones.

«Dios es un buen bromista», dijo muy al final, como si con aquellas palabras quisiera concluir lo que debía ser dicho sobre el asunto y volviendo a ser más que nunca doña María Antonia, aquella criatura a la que los últimos años habían dado un disfraz diferente, engañoso, pero sólo unos segundos, los que tardó en volver a cerrar aquel silencio y empezar con un llanto medio fingido. No era posible llamar casualidad a aquello.

«¿Diez años?»

«Nueve», dijo Mamá, y callaron las dos, como bajo una orden.

Nueve años exactos casi al milímetro, porque ésta era también la hora, de noche, hacía que había ardido la fábrica. Recordaba aquella noche casi completa, pero las escenas, al contrario que otro tipo de memorias, parecían perfectamente inmóviles. Eran, sobre todo, Mamá y Antonio y Joaquín, al volver de contemplar el estado en que había quedado Molduras Alonso, discutiendo en la sala de estar de Mamá. Joaquín diciendo, porque era cosa evidente que no había sido un incendio accidental, que la culpa era de Antonio, del modo en que hacía las gestiones Antonio, amenazando a los deudores, gritando a los empleados, creando enemigos. Ella, que había ido a casa de Mamá sólo por ver si su presencia ayudaba, se sintió fuera de lugar. No había llorado todavía Mamá, lloraría quizá más tarde, entonces era sólo la perfecta imagen del juez. Antonio, con sus por entonces veintidós años, más que defenderse aportando pruebas en contra de lo que decía Joaquín, no hacía más que descalificarle. Sin dejar de mirarles, pero al mismo tiempo como si no estuviera casi prestándoles atención, Mamá se levantó del asiento, fue hasta Antonio y le dio una sonora bofetada.

«Vete a casa, hijo», le dijo después, sin que se notara una brizna de ira en sus palabras, como si aquella bofetada hubiera sido un perfecto acto de justicia y el hecho de que se fuera a casa el único posible.

Ella pensaría después que siempre era igual con las personas con las que había convivido de forma habitual; parecía que no estaban allí, que eran casi invisibles, hasta que de pronto un acontecimiento aislado les daba peso real, esencia. De esa forma parecía que Antonio no había existido hasta entonces y que la bofetada de Mamá le había conferido una entidad descomunal. Vio su orgullo herido, más

que en contra de Mamá en contra del hecho de que Mamá hubiese preferido a Joaquín, vio su desesperación y su miedo a la vez, porque ahora que había ardidado la fábrica no sólo no tenía trabajo, sino que ni siquiera podía contentarse con un título de bachiller que le sirviera para conseguir otras cosas. Todo aquello, más que la imagen de su hermano a punto de llorar en público por primera vez, le daba olor y peso a Antonio, que hasta entonces había sido para ella poco más que Antoñito, el pequeño, con quien una diferencia de edad de casi diez años hacía la comunicación prácticamente imposible, reducida a banalidades de monotonía.

Pero la escena no terminó allí. Antonio se marchó despacio, sin ninguna manifestación de rabia pero abriendo, con aquel modo tan inusual en él, la brecha de un rencor que nunca terminaría de curarse y se quedaron en la habitación Mamá, y Joaquín y ella. El silencio, sólo interrumpido por la verborrea de Joaquín alabando su gesto, parecía servirle a Mamá para pensar el próximo movimiento.

«Póngase usted de pie, Joaquín», dijo al final Mamá, creando otro espacio de extrañeza porque se tuteaban.

La bofetada que le dio a Joaquín, de tan inesperada, fue casi ridícula y le hizo reaccionar con un gesto infantil que le obligó a protegerse en vano.

«Es la última vez que habla usted así de mi hijo.»

Joaquín se fue de casa de Mamá convertido otra vez en quien había sido cuando llegó por primera vez a la fábrica, un palurdo que no hubiera tenido dónde caerse muerto si no hubiese sido por ella. El traje gris, la colonia penetrante, el peinado hacia atrás, engomado, le hacían ser entonces y más ridículamente que nunca el que era en realidad, el que quizá nunca había dejado de ser.

A ella le pareció entonces que si Joaquín no se hubiese ido de casa, Mamá nunca se habría percatado de su presencia. Se sentó de nuevo en el sillón y se la quedó mirando inexpresivamente, como si ya no quisiera fingir más. Le dio miedo entonces, un miedo habitual y pretérito, tan habitual que casi no parecía miedo sino algo extraño al ser referido a ella: compasión. Hacía años que se había marchado de casa, estaba casada, tenía un buen trabajo, la respetaban y sin embargo no sabía qué hacer con aquel sentimiento de compasión hacia su propia madre. Lo que cualquier persona habría comprendido como un movimiento natural le parecía a ella extraño e incómodo. En la familia de Manuel no era complicado. Si en la familia de Manuel no era complicado significaba que no tenía por qué serlo necesariamente. La idea de acercarse a ella y abrazarla le pasó por

la cabeza aquella noche agilísima y dolorosa, como una hoja de cuchilla.

«¿Y tú qué estás haciendo aquí?», preguntó Mamá de pronto.

No habría sabido explicar cuál fue exactamente su reacción a aquellas palabras. Era como si Mamá la hubiese abofeteado también a ella. Primero se sintió ridícula, luego apretó con fuerza las mandíbulas para evitar que se le notara. Cuando salió de casa estuvo a punto de volver a abrir la puerta y gritarle que se alegraba de que hubiera ardido la maldita fábrica. Lloró en el ascensor. No era dolor. No era, tampoco, rabia.

De repente todo es lento y absurdo. La imagen de Mamá en silencio sobre la cama del hospital y la de la fotografía con los tirabuzones en el cuarto de estar se confunden haciéndose una, sin ser, por eso, verdadera. No quiere, en realidad, a María Fernanda. Antonio es poco más que alguien al que compadece por su mala suerte, a quien desprecia sin mala intención y teme, como se teme a un perro de una raza violenta. Ni siquiera Manuel escapa a esta lentitud y se hace, de pronto, grotesco. Sin evolución visible, sin razonamiento lógico, su ternura se convierte en una molestia blanda que la asfixia, igual que la asfixian, a la vez, los niños, no su realidad sino sus imágenes, su concepto, la responsabilidad que comportan.

Recuerda el último encuentro con María Fernanda aquella Navidad en la cocina de casa de Mamá, la eterna falsa alegría que las reúne a las dos en torno a la misma conversación sobre quién ha engordado más, la delectación con que comprobó que ella estaba más delgada, Antonio y Luisa en el cuarto de estar, sin hablarse frente al programa navideño de la televisión, esperando para la cena, y todo, recuerdo y presente, se hacen Mamá. Ahora ya no puede dejar de odiarla. Es como si a esta hora concreta, este día y no cualquier otro en que quizá habría tenido más motivo, odiase sin remedio y sin posibilidad de perdón a Mamá, la hiciese responsable única de esta lentitud que consigue que todo parezca absurdo, como si ahora se hubiese roto aquella membrana que contenía el rencor y, en vez de haberlo hecho en forma de explosión, estuviera dejando escapar el líquido del desprecio lenta y silenciosamente.

«No me pasan más que desgracias, hija», dice Mamá, y a ella la ponen de pie de pronto esas palabras, como si hubiera estado al límite de lo soportable sin saberlo, y se dirige hacia la puerta.

«¿Adónde vas?»

«Vengo ahora.»

«¿Adónde vas?»

No ha hecho ruido al cerrar, ni al bajar corriendo hacia la calle. Era la 1.30 de la madrugada cuando el taxi se ha detenido en la puerta de casa. Ha subido en el ascensor con un nudo en la garganta como si quisiera llorar o contar un secreto vergonzoso. Los niños dormían. Manuel ha dicho: «¿Cómo estás?», cuando ha entrado en el dormitorio, pero ella no ha respondido.

«¿Estás bien?»

Al tumbarse junto a él, le ha llegado un ligero olor a pasta de dientes.

«¿Estás bien?»

Se ha sentido fea junto a Manuel y algo oscuro se ha complacido en esa fealdad. Ha llevado la mano hasta su entrepierna y le ha comenzado a acariciar hasta que ha conseguido excitarle.

«¿Qué te pasa?»

Cuando se ha puesto sobre él lo ha hecho sin mirarle a la cara, deseando hacerse daño, intentando hacerse daño, como si buscara desesperadamente un castigo. Manuel no ha querido plegarse al juego fácilmente. Primero preguntándole por qué hacía aquello y después revolviéndose hacia atrás, como apartándose de su propia satisfacción, la ha mirado fijamente, limpiándole el pelo de la cara con la mano. No han hablado más y el silencio ha recalcado la tristeza de la carne de Manuel hundiéndose en ella sin comprenderla.

Pero tiene también este silencio:

Mamá esperando en el hospital.

María Fernanda.

Antonio respondiendo que mañana irá a ver a Mamá y que será difícil.

Los niños durmiendo en la habitación contigua.

Y a fuerza de intentar hacerse daño acaba haciendo daño a Manuel, que adquiere una hermosura extraña con los pantalones del pijama bajados hasta la rodilla y que, desistiendo de entender, o al menos de hacerlo en ese momento, la tumba sobre la cama intentando adoptar una postura más habitual sin que ella le deje porque no sabe la razón pero sí que tiene que llegar ahora hasta el final de este absurdo, hundirse en él, y Manuel lo acepta inmóvil hasta que llega, como de muy lejos, una satisfacción efímera y una sequedad metálica en la garganta que, al separarse, se complace más que en su placer en la belleza de la familiar erección de Manuel, en la sencillez de su sexualidad. Son de Manuel las manos que le apartan el pelo hasta la oreja, y las que se detienen acariciándole la mejilla, y la respiración.

«Qué ha pasado, dime.»

Empezó por el olor, por aquel recuerdo de olor a madera recién pulida en la fábrica levantándose desde las montañas de serrín que quedaban junto a las serradoras de Molduras Alonso. A María Fernanda le habría parecido ridículo empezar a contestar así a la pregunta de Manuel, pero tuvo en aquel momento para ella una fuerza de coherencia lógica que no habría tenido ninguna otra respuesta. Y no sólo el olor. Cuando Mamá no estaba cerca ella recordaba haberse puesto de rodillas sobre alguno de aquellos montones de serrín y haber hundido en ellos las manos, como en las tripas de un animal caliente. No podía tener más de diez años entonces, pero recordaba todavía aquel aroma húmedo, casi dulce, de la madera y a Joaquín a su lado, cuidándola como una bestia bien amaestrada y casi con miedo, sin atreverse a recriminarle nada. Reconocer aquello, lo comprendió despacio y sin terminar de mirar abiertamente a Manuel, era como atentar contra ella misma, aceptar que no sólo nunca había odiado del todo la fábrica sino que de hecho había algo que había amado con perfecta ternura, y si le había parecido tan extraña aquella tarde, tan ridícula, era en el fondo porque había sido todo lo contrario; perfectamente clara y significativa. Reconocer que había amado la fábrica no era distinto de reconocer que había amado a Mamá, no a la mujer que estaba ahora en la cama del hospital con la cadera rota, sino a doña María Antonia, la que se paseaba en silencio entre las serradoras con Joaquín al lado como un enorme perro de caza, con una autoridad femenina y fortísima, o quizá no haberla amado pero sí haberse sentido seducida por su poder, el mismo que de forma natural y durante toda la adolescencia María Fernanda había ejercido sobre ella.

Eran las dos, Mamá y María Fernanda, caras de un mismo miedo. Estar diciéndoselo ahora a Manuel le producía la misma extrañeza que haber encontrado una palabra que describía a la perfección un sentimiento habitual y, al haberlo hecho, notar que la realidad completa adquiriría una significación distinta.

«Hoy hace nueve años que ardió la fábrica», dijo, y Manuel entornó los labios con una mueca que parecía una sonrisa muy leve, involuntaria.

«Vaya», contestó.

«Yo no me había dado cuenta, me lo ha dicho mi madre en el hospital.»

«¿Cómo está?»